

NOTAS PARA LA HISTORIA DE BOLEA (SIGLOS XVII-XIX)

LA lectura del estudio, muy bien documentado, que sobre *Bolea en la época de Ramiro II de Aragón*, presenta don Federico Balaguer y que aparece en el número 12 de esta revista, me ha llevado a escribir estas notas sobre las glorias de Bolea en la época comprendida entre fines del siglo XVII y mitad del siglo XIX.

Realmente Bolea aparece desconocida, lo mismo en su importancia turística como en su historial magnífico. Los alrededores abundantes en espesas arboledas, la abundancia de ricos frutos y las múltiples fuentes de agua inmejorable, riquísima y fresca, debían ser motivos para atraer buen número de turistas. Pero lo que me lleva a escribir estas notas es dar a conocer las grandes virtudes cívicas y religiosas que Bolea ha cultivado a través de su historia.

HOMBRES ILUSTRES.—Estamos en el año 1680. Investigando los libros parroquiales, en el folio 17 del tomo 3.º del Libro de Bautizados de la Parroquia de Bolea, se leen estas cuatro escuetas líneas: «En diez y nueve días del mes de agosto de 1680 bauticé yo mosén Francisco Acevillo, presbítero, racionero de la villa de Bolea, de licencia del vicario della, a Thomas Domingo Brun, hijo del doctor Domingo y Thomasa Normante, cónyuges. Padrinos, Thomas Cinto y Lorença Martínez, cónyuges». No hay firma.

Se trata de Brun Tomás, alcalde de la Real Audiencia de Lima, que ejerció gran influencia en América. Tuvo un hermano sacerdote llamado José Brun, a quien su madre Thomasa Normante dejó en testamento para que dispusiera de sus bienes según su voluntad.

En el mismo Libro de Bautizados, en el folio 59 vuelto, hay otras tres líneas que nos dan noticias del bautismo de un niño que se llamó Francisco Joseph Pedro Bardaxí, hijo de Joseph Bardaxí y María Villarrreal, cónyuges, bautizado en Bolea el 28 de septiembre de 1703. Estudió y fué colegial en el de la Concepción de la Universidad de Cervera,

graduado en ambos derechos, residió en Pau y desempeñó el cargo de catedrático de Sagrados Cánones; fué también abogado de los Reales Consejos.

Debió de contraer matrimonio en la ciudad de Jaca, pues hay una certificación en el Libro 3.º de Matrimonios de Bolea por la que se hace constar que el párroco de dicha villa publicó en una sola monición el matrimonio que espera contraer el Dr. D. Joseph Bardaxí, mancebo, hijo de Joseph Bardaxí y María Villarreal, natural de Bolea y residente en Jaca, con D.^a María Franco, viuda del «quondam» Pedro Besorrat, hija de Andrés Francisco Franco y Juana Rosel, natural de Olorón y residente en Jaca; la monición fué el día 22 de marzo de 1733.

Tuvieron de este matrimonio cinco hijos llamados María Benita Josefa, Juan Andrés Joseph, María Antonia Andrea, Francisco Andrés, y la última, Micaela Andrea Rosa.

Fundaron una ermita en las afueras de la villa, dedicada a san Andrés Corsino, con vivienda para una familia. En esta ermita hay una campana que debió estar colocada en una espadaña; dicha campana, en la parte superior, lleva esta inscripción, separada por cruces labradas: «S. Joseph.—Año 1736»; y en la parte inferior esta otra: «Soi de los Cavalleros del Espolón de oro de Su Santidad». De lo cual parece deducirse que el doctor Bardaxi fué condecorado con esta insignia y, para mayor abundamiento, hay empotrado en un muro el busto, en madera, del papa Clemente XII. Este Pontífice (Lorenzo Corsini), como se sabe, lo fué del 1730 al 1740 y fué el que creó la condecoración de la «Espuela de oro».

La esposa del doctor Bardaxi falleció el 5 de diciembre de 1743 y fué enterrada en la ermita de San Andrés, de que era fundadora. Así consta, pues, en un muro de la ermita, hay un medallón de madera con el retrato en relieve (al pie lleva la flor de lis). Debajo hay un sarcófago y al pie de él una losa que cubre una sepultura y lleva esta inscripción: «Hic jacet María Franco, fundadora de esta Iglesia, murió el 5-XII-1743».

Fallecida la esposa del doctor Bardaxí, estudió éste la carrera eclesiástica, pues el 20 de noviembre de 1752 administró los sacramentos de Penitencia, Comunión y Extremaunción al vicario de Bolea don Pedro Puente. En 26 de octubre de 1753 doña Isabel Climen deja en testamento, entre otras misas, ocho con limosna de ocho sueldos cada una, celebradas por el doctor don Joseph Bardaxí en el altar de las almas de la parroquia de Bolea; el 24 de febrero de 1754 recibió el testamento de Antonia Pueyo, en defecto del notario real y con licencia del vicario.

En la ermita de San Andrés Corsino de la que, con su esposa, fué fundador, hay un cuadro de madera, con el retrato, en relieve, de Joseph Bardaxí, vestido de clérigo, sobre él un sombrero episcopal y a

un lado una mesa en la que hay un libro cerrado y una imagen de Nuestra Señora del Carmen. Al pie lleva esta inscripción: «El Dr. D. Joseph Bardaxí y Villarreal, natural de la villa de Bolea, cavallero protonotario apostólico agregado al número de la Santa Silla, fundador de la Iglesia de San Andrés».

Falleció esta gran figura, honra de Bolea, el 22 de diciembre de 1772, viviendo en la casa de la ermita de San Andrés, en la cual fué enterrado junto con su hijo heredero Andrés Joseph Bardaxí, la esposa de éste Antonia Fajarnés, sus tres hijos y los hijos del doctor.

Los libros parroquiales nos dan a conocer otros hijos ilustres de la villa. El 27 de diciembre de 1742 murió en Huesca don José Villarreal, siendo capellán mayor dignidad de la Santa Iglesia Catedral de Huesca, y por disposición testamentaria se trajo a enterrar a Bolea a la sepultura de los Villarreales, adquirida por su padre. El 6 de mayo de 1819 falleció don Lorenzo Salvador, monje benedictino, claustral de la Congregación Tarraconense y Cesaraugustana, prior de Estella, dignidad del real monasterio de San Juan de la Peña.

Pero, quizá por su posición estratégica, Bolea aun tiene otros timbres de gloria: los conquistó en dos épocas separadas por un siglo.

LA GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA.—En alguna ocasión fué Bolea teatro de esta guerra y aun después de ella, pues tenemos testimonio en los Libros Sacramentales, ya que en ellos consta haber muerto el día 11 y el 14 de diciembre de 1711 dos soldados franceses del regimiento de Caballería del duque de Berri; el 4 de junio de 1712, un criado francés del marqués de Sabinac, del regimiento de Caballería del marqués de Santi; el 23 de julio de 1713, el carnicero del regimiento de Caballería del duque de Badosme; el 30 de mayo de 1715, un soldado del regimiento de Caballería de Dragones, natural del «reino de Biarne»; el 11 de mayo de 1718, Juan Ley, teniente de Caballería del regimiento de Malta; y así muchos otros hasta el año 1749.

Se conserva una hoja en que don Francisco de Arem y Queralt, conde y barón de Claret, coronel de Infantería española y comandante de las Fronteras de Aragón, certifica que a Gregorio Monreal, Manuel Monreal y Martín Juan Monreal los vió servir en el condado de Zaragoza y sus fronteras con armas y caballos propios y señaladamente en el mes de octubre de 1707, cuando el enemigo atacó en la villa de Estadilla, de cuya acción Gregorio Monreal quedó con una pierna «rompida» y perdió caballos y armas, por lo que les considera dignos de las honras que Su Majestad fuere servido hacerles.

La honra que recibieron fué nombrarlos hijosdalgo, cuya distin-

ción disfrutaron pacíficamente. Y en 1750, los hijos Pedro Monreal Calvo y Martín Monreal Calvo, prior de la parroquia, pidieron para ellos y descendientes por línea de varón el mismo privilegio al rey don Fernando VI. Este monarca, por carta real firmada en Aranjuez el 2 de junio de 1750, accede y se les otorga con toda amplitud de exenciones, preeminencias y prerrogativas.

Cuatro años más tarde, don Domingo Monreal, alegando hallarse emparentado dentro del cuarto grado de consanguinidad con Pedro y Martín Monreal, pide se le conceda también el privilegio de hidalguía; en carta del mismo rey don Fernando VI, firmada en San Lorenzo el 22 de octubre de 1754, le concede el título de hijodalgo para él y sus descendientes por línea de varón y con iguales prerrogativas y exenciones. Esta familia de los Monreales también fué ilustre ante la Iglesia, pues llegó a tener al propio tiempo tres clérigos y otros más que ocuparon la cura de almas de Bolea y parroquias vecinas, vicarios y racioneros ¹.

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.—Lo mismo durante la invasión de las tropas francesas como en su retirada, ya derrotadas, Bolea fué teatro de esta guerra. Para no extendernos demasiado, sólo citaremos tres casos de fallecidos por motivos de guerra: el día 30 de mayo de 1810 fueron ajusticiados, de orden del gobierno francés, Romualdo Garzo, casado; Ramón Banzo, casado; Cosme Susín, casado; Julio Urrians, casado, todos de Bolea, y Mariano Iriel, soltero y natural de Villanúa, del obispado de Jaca. ¿Existirá ya entonces una quinta columna?

El día 11 de agosto de 1812 un soldado francés de la brigada del general Rugiet murió en Bolea.

El día 4 de septiembre de 1822 (?) se enterraron en el cementerio de Bolea diecisiete cadáveres humanos, muertos en la acción de guerra efectuada en esta villa entre ocho y nueve de la noche del día anterior, ignorándose nombres, edad, etc., de ellos.

IGLESIA PARROQUIAL.—Magnífica obra arquitectónica, exponente tradicional de la fe profesada en Bolea, consta de tres naves y es de estilo gótico; muy notable por la riqueza artística que encierra, sobre todo, el magno retablo mayor, obra, en parte, del gran pintor Pedro de Ponte, acaso el mejor pintor aragonés de su época. La participación de este artista está perfectamente documentada. Suyas deben de ser la mayor parte de las tablas, sobre todo, las que muestran un estilo brioso, es decir, las del basamento y las puertas. Son también muy notables las estatuillas y el sagrario, de fina labor. La capilla de cabecera de la nave del lado de la Epístola, dedicada a Santiago, se cubre con una copulilla

apeada sobre trompas. El retablo es plateresco, con grupos escultóricos en alabastro y gran imagen del titular; su verja es primorosa. En la capilla colateral hay un retablo gótico, con dos imágenes, una de ellas, la de San Sebastián, bajo cuya advocación está colocado. Son, en total, siete grandes esculturas protegidas por doseletes y siete tablas en el basamento. La iglesia fué reconstruida, desde 1535 a 1556, bajo la dirección del maestro Baltasar Barazábal ².

Fué colegiata con Capítulo de canónigos y beneficiados; gozó de tanta preeminencia en la Diócesis que, en una ocasión, entabló pleito con la colegiata de Alquézar en orden a que se consideraba con derecho a ocupar puesto de preeminencia en las asambleas y concilios diocesanos. La Santa Sede falló en favor de la de Alquézar alegando que era más antigua y con más privilegios y prerrogativas reales y episcopales. Estuvo más tarde constituido el Capítulo de la colegiata de Bolea por un prior y racioneros, entre los cuales se contaban muchos de la familia Monreal: hasta tres hubo a un mismo tiempo.

Tuvo fundadas tres capellanías: la de Nuestra Señora del Pilar, la de Nuestra Señora del Rosario y una laical del Santo Cristo; esta última fué fundada por don Martín Monreal, prior de la iglesia parroquial de Bolea, con las siguientes condiciones: celebrar una misa cada día de fiesta en el altar del Santo Cristo o en el Oratorio de su casa; que fuese su primer capellán su sobrino don Pedro Monreal, prior de la parroquia de Loarre, y después don José Monreal, racionero de la iglesia de Bolea, y después de éste su sobrino don Juan Monreal, viudo de la «quondam» doña Teresa Ciria. No obstante, esta iglesia no es actualmente rica en alhajas, a pesar de haber recibido bastantes legados y donaciones. Aparte de la incautación de los bienes de la iglesia por el Estado, hay la siguiente justificación.

En el archivo parroquial se guarda una hoja-certificación que dice: «Certifico yo Manuel Iguázel, teniente capitán de la 1.^a Compañía del 2.^o Batallón del Canal de Berdún, al presente hallado en esta villa de Bolea, acompañado de una Compañía de soldados con sus oficiales subalternos, todos bien armados, y por orden y poderes del teniente coronel D. Miguel Sarasa, comandante del dicho Batallón; inmediatamente ocupé las puertas de la Iglesia parroquial de la referida villa con dicha Compañía y luego mandé convocar ante mí al cura párroco, Capítulo de dicha Iglesia y a la Justicia para que se me hiciese la entrega de la plata y oro que fuese propio de la Iglesia; y si dicha entrega no se hacía inmediatamente, se pasaría a la fuerza y con el mayor estrépito me apoderaría de ella. En este caso dichos señores Cura Párroco, Capítulo y Justicia se vieron obligados a hacerme presente la plata de dicha Iglesia en la forma y manera siguiente: primo tres lámparas de plata;

siete cálices con sus patenas; dos custodias; dos pares de vinajeras; dos palmatorias; una campanilla; un puntero; una bandeja; una cruz; dos candeleros; un copón; un pie de Lignum Crucis; dos bujías. Y considerando yo ser preciso dejar para el servicio de dicha Iglesia algunas piezas de las ya referidas se quedan en dicha Iglesia: dos cálices con sus patenas; un copón; una cruz. Y para seguridad de los citados cura párroco, Capítulo y Justicia doy el presente en dicha villa a los seis días del mes de diciembre del año 1809». Firman: Manuel Iguázel, Lorenzo Gallán, y Jaime Gallán. Rubricados ³.

Por todo lo expuesto en el presente trabajo bien merece Bolea el título de «Muy Ilustre y Muy Leal».

VICENTE ARNAL

1. Agradezco a los descendientes de las dos ramas en que está desmembrada la familia de los Monreal, algunos de los datos reseñados en este artículo.

2. Cf. RICARDO DEL ARCO, *Catálogo Monumental de España. Huesca* (Madrid, 1942), p. 150.

3. Un piadoso recuerdo al que fué benemérito párroco de Bolea don Basilio Lapena Lon, quien mandó encuadernar los Libros Sacramentales, haciendo posible su conservación.